

Saguntina

Revista didàctica i científica

Grup culturaclasica.net

Revista Saguntina. *Dades Catalogràfiques*

Revista del "Grup culturaclasica.net"

Sagunt 2007

Dipòsit legal: CS-76-2007

ISSN 1887-6331

Vol. 111 Aprilis A.D. MMVII

DIDO Y ENEAS: LA SOLEDAD Y EL SILENCIO

Tú que me lees, ¿estás seguro de que me entiendes?
Borges

Si algún poeta ha sido querido en Occidente, ése ha sido Virgilio, y si algún libro suyo ha sido leído con intensidad y emoción a lo largo de los tiempos, ése ha sido el libro IV de la *Eneida*.

Te animo a que te pongas con él, poco tiempo será mejor ganado que en su compañía. Si no lo conoces todavía, no sabes cómo te envidio. Enfrentarse por primera vez con la apasionada Dido y con el piadoso Eneas. ¡Qué suerte!

Tu profesor te podrá guiar en la lectura y te podrá decir mucho más que yo sobre el autor y su época. Te introducirá en la profundidad y belleza (su oído es incomparable) de uno de los más sensibles y meditativos poetas que hayan existido. Yo aquí sólo quiero darte algunas de las claves que vertebran el libro y que obsesionaron a su autor cuando lo escribió.

La *Eneida* pretendía ser nada más y nada menos que el poema del pueblo romano. El poema que fuera a la vez la plasmación poética de todo lo que había realizado, pero al mismo tiempo la guía de lo que debería ser la cultura y el individuo romano ideal. La *Eneida* estaba concebida para ser como un espejo que, al tiempo que refleja, crea la imagen.

El libro IV es el libro del amor. Tenemos dos personajes, Dido y Eneas, que se han enamorado, pero su amor no es posible y acaba finalmente con la partida de Eneas y el suicidio de Dido. ¿Por qué ha fracasado? ¿Por qué tal tragedia? De eso trata este libro, ¿apasionante, no? Amor y muerte, los dos grandes temas de la literatura. Ambos van aparejados. La muerte es la certidumbre, la única que todo hombre posee, lo que nos hermana a todos. Acuérdate del último libro de la *Ilíada*, con el reconocimiento entre los dos grandes enemigos, Aquiles y Príamo, de su condición esencialmente idéntica por compartir el destino mortal de todo hombre. El amor es el mayor poder que tenemos para, en la medida de nuestras posibilidades, vencer, aun temporalmente, a la muerte. Ella acabará ganando la partida, lo sabemos, pero mientras dura, vida y dulzura.

Lo más intenso que tenemos a nuestra disposición para sentirnos vivos es el amor. La muerte llegará, pero cuando lo haga nos encontrará bien agotados de habernos comido la vida a bocados.

Se ha visto muchas veces en el episodio de Dido y Eneas el enfrentamiento entre el placer y el deber, entre el mundo privado y el público, el amor y la política. El mundo de los hombres, de la política y la guerra, prevalecerá y condenará a Dido, la mujer (o al hombre que no siga los comportamientos "virtuosos") a un lugar secundario, o a la catástrofe, si no acepta su papel marginal. Es otra vez, a 800 años de distancia, el diálogo entre Héctor y Andrómaca. Éste es un mensaje muy romano. Sin embargo dicha mentalidad estaba entonces en discusión en Roma después de la irrupción con gran fuerza de los poetas neotéricos, con Catulo a la



cabeza, que rechazaban el papel típico varonil y propugnaban una vida dedicada a la amistad, la poesía y el amor. Al placer en suma. En ese sentido Virgilio escribe un libro anticaltuliano. Si lees con cierta atención sus obras podrás encontrar muchos pasajes o frases donde Virgilio reescribe ideas o frases de Catulo para mostrarnos que su forma de ser y vivir lleva al desastre y a la muerte, como le pasó al mismo poeta. El alma de Dido y Catulo está hecha de la misma materia, la de los sueños. Te animo a que hagas esa lectura paralela, enriquecerá enormemente tu visión de ambos escritores.

Sin embargo creo que hay otra lectura que ha sido mucho menos señalada y que en este momento, en que por culpa de mi amigo Xavi estoy en pleno reenganche virgiliano, me parece más profunda y arraigada en el sentir de nuestro poeta. Lamento decirte que no es muy alegre ni optimista. El sabor último de este libro es el de una radical soledad e incomunicación. Evidentemente el tema de fondo es el lenguaje humano. Gorgias, el filósofo y retórico sofista, había señalado que el lenguaje no era apto para la comunicación. Sólo, pero de una manera extraordinaria, era capaz de actuar sobre el otro: una forma de

poder. Y es cierto en gran medida. El origen del habla humana son los demostrativos, las interjecciones, los vocativos y los imperativos. Esta consideración del lenguaje puso nerviosísimos a los conservadores o reaccionarios como Platón. Dido se enamora de Eneas al oírle contar sus hazañas; es por el lenguaje, por las palabras de Eneas, por lo que Dido arde de pasión. A su vez nuestra protagonista no para de hablar. Lanza nada menos que nueve discursos, dos de ellos a Eneas frente a uno sólo de Eneas a Dido. Son la locuaz Dido y el reticente Eneas. Pero, a pesar de todas sus palabras, no logra Dido convencer a Eneas. Apela al chantaje emocional, de mujer abandonada tras haberlo arriesgado todo por el hombre, como Ariadna o Medea. Apela al insulto, le llama desagradecido, a Eneas, que es *pius*, el que siempre cumple con sus obligaciones. Llega incluso a amenazarle con quitarse la vida para que Eneas se quede. Suplica, se humilla. Todo inútil (como para Catulo). Eneas (que sabe que las palabras únicamente sirven para inflamar los ánimos), a su vez, sólo le lanza un breve, técnico y frío discurso donde intenta, de manera pretendidamente racional, hacerle ver a Dido sus motivos. Inútil también. Es imposible la comunicación entre los dos. Ni hablar ni permanecer en silencio logra evitar el dolor, estamos irremisiblemente abocados a él. Viven en mundos diferentes que son incomprensibles. Es decir, cada uno de nosotros vive en su mundo, un mundo que es inaccesible a los demás porque es incomprensible.

Esta idea, la del lenguaje como un instrumento inservible para el intercambio de ideas o experiencias, que las palabras sólo hablan de palabras, que no pueden tocar la vida, es la idea clave de uno de los pensamientos más extendidos de nuestra época: la deconstrucción. En Virgilio esta certidumbre lo enfrenta a Lucrecio. Este poeta pretendió convertirse en un salvador de la humanidad. Intentaba convencer a sus semejantes de que no tenían que tener miedo a la muerte ni a los dioses, pues, como demostraba la ciencia, sólo éramos materia. Para Virgilio tal intento es vano. Nada puede conocerse con certeza por medio de la razón y, además, aunque lo supiéramos, no podríamos comunicarlo. De ahí nuestra profunda soledad.

Kafka es el escritor, ya en el siglo XX, que más profundizó en la visión de la humanidad como unos seres incomprensibles, incomprensidos. El tema de Kafka es el del hombre que no tiene un lugar, aun mínimo, en el universo. En gran medida así sentía también Virgilio. Sin embargo, el poeta



latino intenta aferrarse a cierta esperanza: primeramente, en la sumisión ciega a los designios de los dioses, que no comprendemos ni nos hacen más felices salvo como remota posibilidad; en segundo lugar, la otra vía para salir de nuestro aislamiento es una fuerte dosis de empatía, como corresponde a los que comparten un mismo dolor universal. Ese dolor, ese sufrimiento nos hermana. La vida es una reunión de sordos tullidos.

Para Virgilio el amor no es posible en esta vida; en la *Eneida* no aparece ninguna pareja feliz. Los únicos son Dido y su antiguo esposo Siqueo, pero en los infiernos, donde son felices sin hablarse. La lección es clara. En este mundo es imposible el amor porque es imposible la comunicación. Sólo, tal vez, sea posible el amor en otro mundo, en otras circunstancias. Esta idea del amor está en el libro, evidentemente, porque así lo veía su autor. Y si lo veía y lo sentía así es porque a Virgilio no le fue bien en el aspecto amoroso. Las fuentes nos lo presentan como una persona retraída, tímida, que gustaba de la soledad y que disfrutaba poco con los placeres físicos: comer, beber, el sexo. Prefería para esto



último a chicos muy jóvenes. Al ser más inocentes, acaso considerara que no podían hacerle daño. Parece como si a Virgilio le costara relacionarse con los demás, y podemos suponer que tal vez sus experiencias en el amor profundizaran su ya natural (era un enfermo crónico) aguda sensibilidad para el dolor propio y ajeno.

Todos debemos estar agradecidos de que Virgilio haya vivido y escrito. Sentimos al leerle que hemos hecho un amigo que nos acompañará toda la vida, con su tristeza y con su dulzura. El melancólico Virgilio.

Que las últimas palabras sean de su admirador Catulo:

atque in perpetuum, frater, aue atque uale.